

Bajar de la cruz a los pobres: Cristología de la Liberación*.

Jon Sobrino.

Se trata del epílogo que escribió el autor al libro *Bajar de la cruz a los pobres*, en dicho trabajo se exponen algunas de sus conclusiones acerca de los pobres, la cruz como muerte y crueldad que fuerza bajar a los pobres de esa cruz, y concluye comentando algunas dimensiones formales de la teología latinoamericana.

I. Introducción.

Me han pedido escribir el epílogo al libro, *Bajar de la cruz a los pobres*, me alegra percibir en él un espíritu de cuerpo, que sólo bienes puede traer. Cada uno de los autores y autoras tiene sus propios intereses teológicos, y el paso del tiempo hace que se vaya diferenciando el pensar teológico en América Latina. Pero tras ello percibo una gran tradición que queremos mantener, actualizar y mejorar, la tradición de «la teología de la liberación».

Bien sabemos cuánto se discute hoy si goza de buena salud o si ya está enterrada. Yo también me hago esas preguntas. Pero de muchas formas siento que siguen resonando aquellas palabras lapidarias: «Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo y he escuchado el clamor que le arrancan sus capataces. He bajado a liberarlo» (Ex 3, 7-8). Así es nuestro mundo. Y así es nuestro Dios.

«Dios» y «pueblo sufriente» son realidades últimas, como nos lo acaba de recordar don Pedro Casaldáliga: «todo es relativo menos Dios y el hambre». Y no son últimas y absolutas cada una de ellas por separado, sino en relación

*. Teoría y Praxis publica el epílogo escrito por Jon Sobrino a, *Bajar de la cruz a los pobres: Cristología de la liberación*, Comisión teológica internacional, de la asociación ecuménica de teólogos/as del tercer mundo, José María Vigil, (org). El epílogo fue bajado, previa autorización de su autor, el 21 de mayo de 2007 de la siguiente dirección:
<http://servicioskoinonia.org/LibrosDigitales/LDK/ASETTBajarDeLaCruz2.pdf>. Hemos suprimido, en función de la publicación en esta revista, algunos textos que en nada alteran las ideas expuestas por el autor.

la una con la otra, en lo que creo que consiste la originalidad de nuestra fe. Grande es la tentación de separarlas o de mantenerlas a una distancia prudencial. Pero, aunque lo intentemos, no es fácil. «Lo que Dios ha unido» -y lo ha hecho uniéndose Él mismo a los pobres, débiles, sufrientes- «no lo separa el hombre a su antojo».

El espíritu de esa teología sigue siendo inspiración: que los indígenas, África sobre todo, no mueran de olvido y de silencio, que no se ceda en la defensa de los derechos humanos y de la pobre madre tierra. Y baste recordar a la pléyade de mártires muy recientes, que han encontrado un lugar central en esa teología. Su espíritu inspira la fe en un Dios de los pobres, y mueve al seguimiento de su Hijo, «quien no se avergüenza de llamarlos hermanos». En el juicio cualificado de Leonardo Boff, «esta teología está viva en todas las Iglesias que tomaron en serio la opción por los pobres, contra la pobreza, y en favor de la vida y de la libertad».

II. Los pobres.

No he podido leer el libro detenidamente, pero sí quisiera decir unas palabras sobre el título «Bajar de la cruz a los pobres», enmarcado en el bello dibujo de Maximino Cerezo. Comenzamos con una reflexión sobre «los pobres».

Los de mi generación recordarán un famoso libro de los años sesenta con el atinado título «A vueltas con Dios». Dios es misterio, a la vez, santo y cercano. Si le dejamos ser Dios, sin manipularlo ni domesticarlo, siempre estamos «a vueltas» con él. Y eso es así porque, como decía Karl Rahner, la teología sólo dice una cosa: que «el misterio permanece misterio eternamente».

La misteriosidad del misterio de Dios permanece. Pero junto a él hemos encontrado el misterio de los pobres. Está en las Escrituras, en tradiciones cristianas y en venerables religiones. En Medellín, por ponerle fecha, ese misterio se nos dejó ver, opthe, como misterio inexhaustible, luz poderosa y exigencia invitante. Desde entonces, de manera muy real y existencial, Dios, sin dejar de ser Dios del misterio, ha hecho espacio para el misterio de los pobres. Y por esa razón, aunque lo hagamos con mejor o peor fortuna, tenemos que seguir «a vueltas con los pobres». Por eso me agrada que estén en el título del libro.

Qué y cuántos son, por qué lo son, hasta cuándo lo serán, son preguntas más categoriales. Unos debaten sobre ello para profundizar en su realidad. Otros, para alejarlos, educadamente, de nuestra vista. Me han iluminado muchos teólogos y teólogas que durante años han andado «a vueltas con los pobres». En lo personal, he formulado las siguientes conclusiones, tratando de relacionar a los pobres con nuestra realidad, la de quienes no lo somos.

Pobres son los que no dan por supuesto, como algo normal, tener vida, por lo cual yo no soy uno de ellos, pues sí doy la vida por supuesto. Pobres son los que tienen a (casi) todos los poderes de este mundo en su contra, la dimensión dialéctica que se decía antes, con lo cual por su mera existencia son una pregunta de si estoy en su favor o en su contra. Pobres son los que no tienen nombre: las ochocientas mil personas de Kibera, hacinadas, prácticamente sin letrinas. Pobres son, permítaseme decir una aparente tontería, los que no tienen calendario: nadie sabe que es el 7 O, aunque sí saben lo que es el 11 S. El 7 O es el 7 de octubre, día en que las democracias bombardearon Afganistán como respuesta al 11 S. Sin nombre y sin calendario los pobres no tienen existencia. No son. Con ello, me preguntan qué palabra digo y no digo para que sean. Pero los pobres sí son. En ellos resplandece un gran misterio: su «santidad primordial». Y con temor y temblor he escrito «extra pauperes nulla salus». Traen salvación.

Todo lo dicho puede ser debatido, por supuesto. En lo que quiero insistir es en que, al menos en una teología cristiana, no podemos despachar a los pobres de un plumazo, ciertamente, pero tampoco podemos hacerlos pasar a segundo plano, aunque fuese tan noble y necesario como el del comportamiento ético con ellos. Y la razón ya la he dicho: en ellos se hace presente un misterio. Ofrecen una mystagogía para introducirnos en el misterio de Dios. Y a la inversa, desde el Theos, nos acercaremos mejor a su misterio.

Monseñor Romero conocía la sentencia de Ireneo «Gloria Dei vivens homo», y semanas antes de su asesinato la reformuló de esta manera: «Gloria Dei vivens pauper». La consecuencia es, aunque suene imperdonablemente abstracta, que «pobres son aquellos que, viviendo, son la gloria de Dios». Dicho en lenguaje más entrañable, Dios sale de sí mismo con gozo, se alegra, cuando ve que estos millones de seres humanos empobrecidos, despreciados, ignorados, desaparecidos y asesinados, respiran, comen y danzan, viven unos con otros, nos dan la mano a quienes no somos pobres, perdonan incluso a quienes los han oprimido por siglos. Confían en Dios como padre y madre amorosa, y se alegran de su hermano Jesús.

Y antes de seguir quisiera hacer dos aclaraciones. La cita completa de Ireneo es «Gloria Dei, vivens homo. Gloria autem hominis, visio Dei». Pues bien, porque así lo hizo Monseñor Romero, y para evitar malos entendidos, quiero recordar que Monseñor habló también de lo que es la gloria del pobre. Que yo sepa, en esto no parafraseó a Ireneo a la letra, como en la primera parte de la sentencia, pero lo hizo objetivamente. Por aquellos mismos días de febrero de 1980, en medio de muerte y destrozos, predicando en medio de los pobres y dirigiéndose también a ellos, dijo: «Ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios... ¡Quién me diera, queridos

hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios». Ni Ireneo ni Romero vieron al hombre sin Dios, ni a Dios sin el hombre. Monseñor Romero, además, lo concretó. Anduvo «a vueltas con Dios» y «a vueltas con los pobres».

Y una segunda aclaración. Ireneo y Romero son, ambos, miembros preclaros de la tradición, pues no se mide ésta según calendarios, sino según calidad. Obispos lo fueron ambos. ¿Mártires? Ciertamente Romero, no se sabe con certeza si lo fue Ireneo, aunque si lo fue el obispo de Lyon a quien sucedió. ¿Santos? Ireneo es santo canonizado. Romero, hoy por hoy, sólo es siervo de Dios, aunque para los pobres y los de buen corazón es «san Romero de América».

Lo que queremos decir con esto es que el «gloria Dei vivens pauper» es una sentencia de un cristiano, obispo y mártir, tan excelsa como las de Ireneo o de Agustín. Y se entronca en una tradición mayor que atraviesa la Escritura y la historia de la Iglesia: la tradición de la dignidad de los pobres. Los pobres tienen a su favor a Mateo 25, pues con ellos se ha querido identificar Cristo de manera especial. En la Edad Media eran llamados «vicarios de Cristo». Puebla dice de ellos que Dios, independientemente de su situación personal y moral, los «defiende y los ama», y por ese orden. Y cuando hay que «defender» a alguien, es que hay enemigos al acecho. En este caso, los ídolos de la riqueza y el poder, sobre todo, como analiza Puebla. Los pobres nos hablan de «la lucha de los dioses».

III. Bajarlos de la cruz.

Esta centralidad del pobre es lo que me ha venido a la mente al ver la portada del libro. Y me ha sugerido, lo que hoy puede fungir como «fórmula breve del cristianismo»: «gloria Dei vivens pauper». Pero hay más.

En el dibujo de Maximino los pobres, hombres y mujeres, cuelgan de una cruz. No es ésa metáfora de economistas, ni «pueblo crucificado» es lenguaje políticamente correcto. Colgar de la cruz puede ser lenguaje del arte. Y entre nosotros, no en todas partes, es también lenguaje de teólogos y teólogas. Pobres son los empobrecidos, y muchos de ellos mueren -lenta o violentamente- por serlo. De hambre mueren cien mil personas al día, y cada siete segundos un niño de menos de diez años. Y como el hambre puede ser superada, «un niño que muere de hambre hoy, muere asesinado». Lo dice Jean Ziegler, relator de la ONU para la alimentación.

La cruz es, pues, todo menos metáfora. Significa muerte y crueldad, a lo que la cruz de Jesús añade inocencia e indefensión. A los teólogos cristianos la cruz nos remite a Jesús de Nazaret. El es el crucificado. Por eso, al llamar a los pobres de este mundo pueblo crucificado se les saca del anonimato, y

además se les otorga máxima dignidad. «Ustedes son el divino traspasado», dijo Monseñor Romero, a campesinos aterrorizados, sobrevivientes de la masacre de Aguilar. «El pueblo crucificado » es siempre «el» signo de los tiempos, escribió Ellacuría.

Y en el título también se dice lo que hay que hacer con ellos: «bajarlos de la cruz». San Ignacio de Loyola -celebramos ahora 450 años de su muerte- pedía al ejercitante que se reconocía como pecador que se hiciese tres preguntas ante el crucificado: «qué he hecho, qué hago y qué voy a hacer por Cristo». Entre nosotros - historizando esta tradición- nos preguntamos «qué hemos hecho para que nuestros pueblos estén crucificados, qué hacemos para bajarlos de la cruz y que vamos a hacer para resucitarlos». No hay aquí hybris de ninguna especie. Hay reconocimiento de nuestro pecado, hay expresión humilde de conversión y hay decisión, agradecida, de salvar. En filosofía a esto se llama «encargarse de la realidad». En teología expresa «la misión de los cristianos», la praxis.

Y hay que añadir algo más importante y más olvidado. Bajarlos de la cruz no es sólo compasión, opción por los pobres. Es devolver a ellos un poco de lo que ellos nos dan. Sin saberlo, por lo que son y muchas veces por los valores que poseen, nos salvan, nos humanizan, nos perdonan. Al cargar nosotros con su realidad, una pesada cruz, nos sentimos cargados por ellos. Son bendición.

IV. Dimensiones formales de la teología de la liberación.

La teología de la liberación elabora varios contenidos importantes. Sólo voy a recordar que habla de Dios como el misterio absoluto, e insiste en su novedad escandalosa y salvífica: la transcendencia se ha hecho transcendencia, en palabras de Leonardo Boff, para ser así condescendencia, acogida, perdón, amor, liberación.

Habla de Cristo, como el sacramento del Padre. En él se hace presente la divinidad a la manera de filiación. Y es liberador. Sobre esa tierra, liberador es su anuncio utópico del reino y su denuncia profética del antirreino. Liberador es su mensaje del Abba, el Dios que nos acoge y nos saca de nosotros mismos. Liberador es su amor hasta el final, en cruz, y la esperanza de que el verdugo no triunfará sobre la víctima. Liberador es su modo de ser, compasivo, respetuoso, dignificante. Y liberador es también que Jesús se deja evangelizar por una pobre viuda.

No voy a seguir con los contenidos, pero sí voy a comentar sobre algunas dimensiones formales de esa teología.

Lo primero es que puede tener aciertos y errores, puede ofrecer salvación y peligros. Y sobre ello quiero hacer un breve comentario. En lo personal estoy presto -y pienso que todos lo estamos- a enmendar lo que sea error. No veo aquí ningún problema. Lo que veo más necesario es la responsabilidad de todos, según la naturaleza de cada instancia, administrativo-jerárquica, intelectual, académica -y también el *sensus fidei* del pueblo de Dios-, para que la fe sea viva y vivificante, y para que la teología sea veraz, verdadera y salvífica.

Para ello no me parece lo más adecuado pensar en términos de monopolio de la verdad, y menos ante el «misterio de Jesucristo». Sí me parece importante insistir en el diálogo y la fraternidad. En esos días, varios colectivos han vertido sus opiniones a propósito de mi cristología. Lo han hecho los responsables eclesiales de la doctrina y también un gran número de teólogos, de varios lugares, responsables, prestigiosos. Esperamos que se dé un verdadero diálogo y que prospere la actitud de hacer cristología «entre todos», manteniendo la especificidad de cada instancia.

Nos remiten -y nos remitimos- a la fe de la Iglesia y a la tradición. Y creo que, en lo sustancial, lo hacemos como cosa obvia. Pero no me parece adecuado remitirnos de tal manera al pasado, que éste fuese celoso de sí mismo y superior a cualquier presente, de modo que el hoy de Dios quedase en penumbra. Si se me permite retomar lo que he dicho antes, me gusta pensar que Ireneo no está celoso de Romero. Y Monseñor Romero, ciertamente, no se siente superior a Ireneo. Más bien le estaba agradecido.

El diálogo sincrónico entre lugares, culturas e iglesias -y cada vez más entre religiones- me parece muy importante. Pero también lo es el diálogo diacrónico dentro de una tradición que se extiende a lo largo de los siglos. A veces será difícil y tendrá sus peligros, pero pienso que hay que tomar en serio el presente. Dejemos a Dios ser Dios, y dejémosle decir su palabra también hoy. Como dice el Concilio, el pueblo de Dios «procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios» (GS 11). Para ver a Dios en nuestro mundo todas las cautelas son necesarias, pero la teología debe estar alerta al paso de Dios hoy.

También se nos habla de peligros, y todos queremos evitar caer en ellos. A veces puede ser fácil detectarlos, pero a veces no es tan sencillo. Si una cristología pone en peligro la relación transcendental con Dios y la relación -para algunos también transcendental o al menos, esencial- con las víctimas y oprimidos, entonces el peligro es obviamente algo negativo. Pero si «pone en peligro», una imagen de Jesucristo que favorece todo lo que sea poder, riquezas y honores mundanos, entonces ese peligro es positivo. Es «poner en peligro» la pecaminosidad humana que también acecha a la teología.

Hay diversidad de criterios, en personas e instituciones, sobre qué es peligroso y qué no. K. Rahner con su teología y Monseñor Romero con sus homilías fueron peligro para unos -eso decían- y bendición para otros. A quién darle la razón es algo con lo que cada uno debe habérselas consigo mismo, aun cuando existen instancias que, en el foro público, pueden dictaminar objetivamente. En lo personal, y existencialmente, para mí son más de fiar, en sus juicios, aquellos que se parecen más a Jesús de Nazaret. Y son muy de fiar los mártires.

Lo digo con sencillez. Si una cristología anima a los pobres de este mundo, víctimas de grandes pecados -incluidos los de los que se dicen creyentes- a mantener la fe en Dios y en su Cristo, a tener dignidad y esperanza, entonces esa cristología podrá tener limitaciones, por supuesto, pero no la considero peligrosa en el mundo de los pobres, sino positiva, aunque puede ser vista -y lo ha sido- como peligrosa en otros mundos.

Estamos ante un tema delicado: cuándo una cristología es, no sólo conceptualmente correcta, sino también cristiana y existencialmente pastoral. Estos días muchos han querido agradecer a creyentes y teólogos de acá el haber ayudado a descubrir a Jesús como una buena noticia. En eso no ven peligro.

Quiero terminar ese apartado con una reflexión sobre fuentes y lugares de la teología. En mi libro «Jesucristo liberador» lo escribí con claridad: «la cristología tiene sus fuentes específicas en la revelación de Dios, que ha quedado constatada en textos del pasado, el Nuevo Testamento en especial, y es interpretada normativamente por el magisterio». Pero dicho esto, es evidente que la teología no se hace en un vacío histórico, sino que se hace, se sepa o no, en medio de realidades concretas, personales, sociales, culturales, existenciales. En alguna realidad hay que leer las fuentes de la revelación y reflexionar sobre ellas.

Siguiendo a Ellacuría, el lugar más adecuado para hacer teología será el lugar donde el Dios de Jesús se manifiesta de modo especial porque el Padre así lo ha querido, y será el lugar más apto para la vivencia de la fe en Jesús y para la correspondiente praxis de seguimiento.

Lugar significa aquí realidad dentro de la cual el creyente cree y el teólogo reflexiona. El «lugar», así entendido, para nada se opone a «fuentes» del conocimiento teológico, la Escritura y la Tradición, junto al magisterio normativo. «Lugar» y «fuente» son realidades formalmente distintas, aunque una no tiene por qué excluir la otra, más bien se reclaman.

Lo que he intentado hacer en mi cristología es determinar el lugar en el que se puede concretar mejor y más cristianamente los contenidos que emanan de las fuentes. Como decía Ignacio Ellacuría «Es conveniente distinguir, al menos metodológicamente, «lugar» y «fuente». La distinción [entre lugar y fuente] no es estricta ni, menos aún, excluyente, porque de algún modo el lugar es fuente en cuanto que aquél hace que ésta dé de sí esto o lo otro, de modo que gracias al lugar y en virtud de él, se actualizan y se hacen realmente presentes determinados contenidos».

Me parece muy sensato. Y la historia lo confirma. Lc 6, 20-26 se lee de forma muy distinta en el primer mundo y en el tercer mundo.

V. Humanización.

La última palabra de la portada es «liberación». Se puede hablar también de «salvación» y «redención». Y cada vez me inclino más por hablar de «humanización». Cada una de ellas tiene matices diferentes, pero todas ellas apuntan a algo fundamental: la realidad en que vivimos necesita una solución urgente y nada fácil. Así lo dijo Ignacio Ellacuría el 6 de noviembre de 1989, diez días antes de ser asesinado:

«Lo que en otra ocasión he llamado el análisis coprohistórico, es decir, el estudio de las heces de nuestra civilización, parece mostrar que esta civilización está gravemente enferma y que, para evitar un desenlace fatídico y fatal, es necesario intentar cambiarla desde dentro de sí misma [...] Sólo utópica y esperanzadamente uno puede creer y tener ánimos para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección».

No todos tienen por qué compartir este análisis, en lo que tiene de sombrío, ni en la solución, en lo que tiene de escandaloso. Pero bueno será saber qué es lo que hay que hacer, al menos cuál es la opción realmente fundamental de la Iglesia. En su discurso de Lovaina Monseñor Romero habló de esa opción en forma de elección. Y la formuló así: «Estar en favor de la vida o de la muerte. Con gran claridad vemos que en esto no hay posible neutralidad. O servimos a la vida de los salvadoreños o somos cómplices de su muerte».

Una Iglesia que se decide por esa opción no sólo es pueblo de Dios. Entre nosotros ha sido una gloriosa Iglesia de mártires. Y así lleva a plenitud lo que en el concilio sólo quedó incoado en las palabras del Cardenal Lercaro y de Juan XXIII: «la Iglesia de los pobres». Así lo dijo Monseñor Romero la noche de navidad de 1978:

«La Iglesia se predica desde los pobres, y no nos avergonzamos nunca de decir la Iglesia de los pobres, porque entre los pobres quiso poner Cristo su cátedra de redención».

La cristología de la liberación tiene que tratar muchos otros temas, pero debe aportar, importantemente, a la creación de esa Iglesia. Y con ello superará también algunos demonios de nuestro tiempo, en la sociedad y en las iglesias. Ellos son el docetismo -vivir en irrealidad, vivir en la abundancia y la pompa en un mundo que se muere de hambre-, el gnosticismo -buscar salvación en lo esotérico, y no en el seguimiento de Jesús-, una fe y una liturgia light, cuando lo que exige la realidad es una fe recia. Y a la inversa, dicho en palabras fuertes, que la cristología no ayude, aun sin pretenderlo, a que ante el Cristo que se ha hecho presente en nuestro mundo latinoamericano, como en un ingente Mateo 25, le digamos como el gran inquisidor: «Señor, no vuelvas».

Nuestra esperanza es otra. Que el Cristo de Medellín regrese y se quede en este continente. Que se nos aparezca con muchos otros testigos, de las iglesias y de las religiones. Y que le conozcamos mejor, para más amarlo y seguirlo.”